

# UN CURSO DE TEOLOGÍA EN NUESTRAS SECCIONES DE FILOSOFÍA (\*)

JESUS GARCIA LOPEZ

## 1. PREÁMBULO

Con frecuencia se oyen voces que abogan por la ampliación del cuadro de asignaturas que vienen obligados a cursar los alumnos de nuestras Secciones de Filosofía. Quiénes propugnan la inclusión en aquel cuadro de unos cursos de Matemáticas; quiénes, de otros tantos de Física y Teoría de la Ciencia; quiénes, en fin, de varios cursos de idiomas, principalmente alemán e inglés. Y aun en el estricto orden filosófico no falta el que echa de menos, en el panorama de nuestros estudios, o una Filosofía de la Cultura, o una Logística, o incluso toda una Subsección de Filosofía Científica y Epistemología. Sin embargo, nadie, que sepamos, se ha hecho eco actualmente de la deficiencia que supone, para la completa formación filosófica de nuestros universitarios llamados a ella, la ausencia en la Sección de Filosofía de un curso, al menos, de Teología, en el que se estudiaran las cuestiones de ella que más se relacionen con la Filosofía.

De dos maneras se nos ocurre probar la necesidad de incluir un curso de Teología en nuestras Secciones de Filosofía: la primera, por razones de espiritualidad cristiana; la segunda, por razones de hermenéutica histórico-filosófica.

(\*) Una vez redactado el presente artículo, hemos sido gratamente sorprendidos por la aparición del Decreto de creación en Madrid del Instituto "Angelicum" de Ciencias Sagradas, que viene a subsanar en parte el lamentable estado de abandono en que se encuentran en nuestra patria los estudios teológicos para seculares. Sin embargo, no creemos que nuestro trabajo haya perdido con ello todo su interés, tanto porque de ese Instituto no se podrán beneficiar por ahora sino los alumnos de la Universidad de Madrid, como porque su eficacia no puede ser la misma que la que tendría una Cátedra de Teología establecida en el seno mismo de la Sección de Filosofía.

## 2. RAZONES DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Sabido es que la Revelación divina constituye para el filósofo cristiano, ya una norma negativa de las soluciones dadas por él a su problemática propia, ya una fuente positiva de problemas que, solucionados filosóficamente, vendrán a enriquecer el caudal de sus conocimientos estrictamente naturales; ¿cómo, pues, permanecer enteramente al margen de las enseñanzas de la Revelación, sin resentirse con ello la misma formación filosófica de quienes han hecho profesión de fe cristiana? La distinción que, en honor de la verdad, estamos obligados a hacer entre Filosofía y Teología no significa en manera alguna separación o desvinculación de estos dos órdenes de conocimientos. Descendamos al plano del hombre concreto, donde los aspectos que la abstracción separa están conjugados y donde los elementos del análisis están sintetizados. En este plano no es posible permanecer al margen de nuestra elevación al orden sobrenatural, ni, en consecuencia, desconocer o desdeñar el tesoro inagotable de la Revelación divina. La actitud, si no de repudio, al menos de preterición de tal caudal de positiva ciencia, es de abolengo racionalista. Notables son estas palabras de Descartes: "Respetaba nuestra Teología, y aspiraba, como cualquier otro, a ganar el cielo; pero habiendo aprendido como cosa muy segura que el camino de éste se halla igualmente abierto a los más ignorantes y a los más doctos, y que las verdades reveladas están por encima de nuestra inteligencia, nunca hubiera osado someterlas a mis débiles razonamientos, y pensaba que para acometer la empresa de examinarlas y salir airoso de ello era necesario tener algún auxilio extraordinario del cielo y ser superior a la humana naturaleza" (*Discurso del método*. Primera Parte). De este modo sencillo y falsamente modesto se daba por despachada la más grave tarea intelectual que le incumbía al cristiano desde que conoce su divinización por la Gracia y se sabe poseedor por la Revelación de una sabiduría auténticamente divina; esa tarea que, según el lema agustiniano: *credo*

Don JESÚS GARCÍA LÓPEZ es profesor adjunto de Metafísica en la Universidad de Murcia, y ha publicado varios artículos de Metafísica.

*ut intelligam, intelligo ut credam*, fué la palanca que mantuvo en vilo el edificio entero del saber medieval. Pero hay más todavía, porque esa desestimación o desinterés de las verdades reveladas, que aquel furibundo racionalista no osaba someter a sus "débiles razonamientos", entraña ya una contraposición, todavía latente, pero efectiva, de la Filosofía y de la Revelación, de la razón y de la Fe; contraposición que había de exacerbarse en la época de la Ilustración, y que el mismo Kant había de formular explícitamente con estas palabras: "Tuve, pues, que anular el saber, para reservar un sitio a la fe" (*Critica de la Razón Pura*. Prólogo a la 2.ª edición). Ahora bien, si esta separación y esta enemiga de la Filosofía y la Revelación no es compatible con nuestra condición de filósofos cristianos, ¿cómo habremos de dejar de beneficiarnos de las ayudas y fortalecimientos que nuestro saber filosófico puede recibir y recibe de hecho de sus contactos con la ciencia divina?

Se dirá que lo que prueba demasiado no prueba nada, y que en el mismo caso que el filósofo cristiano se encuentran el científico, el jurista o el literato asimismo cristianos, de suerte que o se debería establecer un curso de Teología en todas las Facultades universitarias, o mejor, dejar a cada uno que se ilustrara por sí mismo respecto a las verdades reveladas según sus necesidades intelectuales o su fervor religioso. Pero la réplica, con ser especiosa, es no menos sofística. Porque, en primer lugar, no es cierto que respecto al depósito de la Revelación se hallen en la misma situación el filósofo cristiano y el científico, el jurista, el médico o el literato también cristianos. El filósofo, en efecto, dada la amplitud y universalidad de sus conocimientos, ha de tener forzosamente más puntos de contacto con el teólogo que con él tienen los otros especialistas, y si en estos puntos de contacto no se buscan soluciones armónicas, bien pronto surgirá la oposición y la enemiga. Pero, además de esto, es preciso tener en cuenta que, como hicimos notar más atrás, la Revelación divina es para el filósofo cristiano no sólo norma negativa de sus soluciones, sino también, y acaso en mayor grado, fuente positiva de problemas que, solucionados racionalmente, acrecerán el tesoro de su saber; y esto que es propio de la Filosofía con respecto a la Teología, no ocurre con las demás disciplinas humanas respecto de ésta. Luego no es la misma la necesidad que tiene el filósofo de conocer la ciencia teológica, si quiera sea someramente, que la que tienen el científico, el jurista, el literato, etc., ni por parte de la armonía que es preciso buscar entre la razón y la fe, ni por parte de los beneficios y ayudas que puede recibir la primera de la segunda. Y de aquí que ni sea tan urgente el establecimiento de un curso de Teología en las otras Facultades universitarias, ni se pueda de-

jar su establecimiento en la de Filosofía al deseo que de instruirse en estas materias haga nacer en los alumnos su inquietud intelectual o su fervor religioso.

Para el hombre pagano o simplemente natural la Filosofía es, sin duda, la más elevada especulación y la más deleitable ocupación; y es que la Filosofía o Sabiduría humana, lograda en toda su plenitud, es la perfección suprema o la entera felicidad del hombre en el plano estrictamente natural. Pero desde el momento en que, elevado el hombre al orden sobrenatural, está llamado a una felicidad más alta o a una plenitud más lograda, la Filosofía se queda irremediamente corta, de modo que si no se la somete y subordina a la fe, si no se la pone al servicio de la Teología, será vanidad de vanidades y aficción del espíritu. Reténgase bien esto: la Filosofía, constituida con independencia absoluta de la Revelación, no puede ser ya para el hombre la aspiración y el logro de la vida feliz, pues aquella falta de sometimiento al orden sobrenatural en que la naturaleza está ahora colocada, la desnaturaliza y degrada. Júzguese, pues, ahora lo necesario que es a nuestros estudiantes de Filosofía no perder el contacto con la Revelación y la Teología, sino estructurar sus estudios en estrecha dependencia de éstas.

### 3. RAZONES DE HERMENÉUTICA HISTÓRICO-FILOSÓFICA

Pero si las razones anteriormente expuestas no parecieran convincentes a alguno, bien porque no admita la total información de la vida humana por la Gracia, bien porque juzgue posible establecer en el orden especulativo una completa separación entre Filosofía y Teología—aunque nadie debería olvidar a este respecto que la Filosofía es no sólo teoría, sino también práctica de vida—, vamos a añadir otras razones de carácter simplemente técnico.

Nos referimos a la necesidad en que se encuentra el historiador de la Filosofía, ya que no el filósofo puro, de conocer la ciencia teológica cuando trata de interpretar o de entender simplemente a un filósofo que es al mismo tiempo teólogo. Si se propugna, con toda razón, el establecimiento de unos cursos de idiomas en la Sección de Filosofía, a fin de que sus alumnos se hallen en posesión del instrumento del lenguaje, indispensable para entender las obras filosóficas escritas en lengua extraña; si, con más razón todavía, se aboga por la inclusión en el cuadro de nuestros estudios filosóficos de unos cursos de Matemáticas y de Teoría de la Ciencia con objeto de que los estudiantes posean también aquellos otros medios igualmente necesarios para entender las obras de los modernos filósofos científicos, las cuales, de otro modo, resultarían tan ininteligibles

como si estuvieran escritas en lengua totalmente desconocida; ¿por qué no abogar igualmente por el establecimiento en el seno de la Sección de Filosofía de una Cátedra de Teología que proporcione a los asistentes a ella los medios necesarios para entender a los numerosísimos filósofos teólogos que han florecido en el ambiente espiritual del Cristianismo y fuera de él? Porque ello es que si descontamos a los filósofos paganos de la antigüedad griega y romana y a los filósofos naturalistas de la edad moderna y contemporánea, hay una inmensa muchedumbre de filósofos cristianos, judíos y musulmanes que no pueden entenderse sin conocer antes su Religión y Teología. Considerando la cuestión, por lo que se refiere a los filósofos cristianos únicamente, piénsese que hasta que llegó Santo Tomás de Aquino no acertó ninguno a distinguir con claridad la Filosofía de la Teología, y que aun después de la distinción, pero armónica unión que el doctor Angélico estableció entre ellas, y de la creciente separación que Escoto y Occam fueron introduciendo entre las mismas, todavía hemos de contar con la magnífica floración de los renacientes españoles y de los continuadores de la Escolástica en otros países, que no separaron jamás la Filosofía de la Teología, aunque las distinguieran perfectamente. Por lo que se refiere concretamente al siglo de oro de la Filosofía española, cuyo estudio y conocimiento debieran ser la más asidua y constante preocupación nuestra, ¿adónde hemos de ir a buscar lo más granado del pensamiento filosófico de aquellos hombres de gloriosa memoria sino a sus tratados teológicos *De Deo Uno et Trino*, *De Deo Creante et Elevante*, en los cuales se contienen las más elevadas especulaciones filosóficas de los mismos, si se exceptúan algunos casos poco frecuentes, como las *Disputationes Metaphysicae* de Suárez o la *Metaphysica* de Araújo? No hay otro camino; si queremos entrar en contacto con el núcleo más rico del pensamiento filosófico de la mayor parte de los escolásticos españoles — y lo mismo se diga de los de otros países —, nos es preciso repasar una y otra vez no precisamente sus *Cursus Philosophici*, en los que sólo se trata de Lógica y Filosofía natural, sino sus *Cursus Theologici*, en los que, a propósito de las principales cuestiones teológicas, se estudian ampliamente los más capitales problemas de la Metafísica.

Y ahora júzguese sobre la deficiencia que supone para los estudiantes de nuestras secciones de Filosofía no poder leer con fruto, por su falta de preparación teológica, ni a San Dionisio, ni a San Agustín, ni a San Buenaventura, ni a Santo Tomás, ni a Cayetano ni a Ferrara, ni a Báñez ni a Juan de Santo Tomás, esto es, a casi ninguno, por no decir a ninguno de los filósofos cristianos de la Patrística y la Escolástica. Luego el establecimiento de un curso de Teología en nuestras Secciones de Filosofía es necesario y urgente.

#### 4. CÓMO PODRÍA ORGANIZARSE ESTE CURSO

Convencidos de la necesidad de incluir un curso de Teología en el cuadro de nuestros estudios filosóficos, veamos ahora cómo podría esto llevarse a cabo. Dos soluciones nos parecen posibles al respecto:

Primera solución. Muy fácil y sencilla: establecimiento en la Sección de Filosofía de una nueva Cátedra, asignada al tercer curso de la Especialidad, que podría llevar por título *Principios de Teología*, y en la que se explicarían durante dos cuatrimestres y a razón de tres o cuatro horas semanales las cuestiones teológicas que más pueden refluir en la elaboración y constitución de una Filosofía cristiana, tales como las concernientes a los misterios de la Trinidad, Encarnación y Eucaristía, las relativas a la elevación de la naturaleza por la Gracia y de la razón por la fe, las relacionadas con el fin último sobrenatural de la vida humana, las referentes al estudio de los ángeles y de las almas en estado de separación, etc., etcétera. En el caso de que se adoptara esta solución, sería preciso descongestionar el tercer curso de la especialidad pasando algunas asignaturas al segundo o acaso también al primero.

Segunda solución. Más radical y amplia: romper de una vez con la arbitraria inclusión de la Filosofía en la Facultad de Letras como una de sus Secciones y crear para aquella una Facultad independiente, estructurada también en cinco cursos. De este modo podrían estudiarse ya en los dos primeros algunas materias propias de la Especialidad en Filosofía, y además otras disciplinas auxiliares, como Matemáticas, Teoría de la Ciencia, Latín, Griego, Alemán e Inglés, y así, al pasar a estos primeros cursos varias de las asignaturas que ahora han de cursarse en la Especialidad, podría incluso quedar completamente libre el quinto para dedicarlo exclusivamente a la Teología, que tendría tres Cátedras fundamentales: *Teología Dogmática*, *Teología Moral* e *Historia de la Teología*.

Esta segunda solución tendría, por otra parte, la ventaja de proporcionar una base inmejorable para el posible establecimiento en el seno de la Universidad española, de la Facultad de Teología, de tan gloriosa historia en nuestra patria. Si algún día, en efecto, se pensara en esto, podría constituirse esa Facultad con sólo agregar un par de cursos, de índole estrictamente teológico, a la Facultad de Filosofía, y así el Licenciado en Teología, que lo sería también en Filosofía, debería estudiar cuatro cursos de Filosofía y tres de Teología, mientras que al Licenciado en Filosofía le serían necesarios los cuatro cursos de Filosofía y uno de Teología.

Sin embargo, la organización de una Facultad de Teología llevaría consigo la solución de varios intrincados problemas en cuya consideración no podemos entrar aquí.